

**La grande**  
**Juan José Saer**

**Rayo verde**  
*editorial*



*Para Laurence*



Regresaba.  
—*Era yo el que regresaba?*  
Juan L. Ortiz

*huyó lo que era firme, y solamente  
lo fugitivo permanece y dura.*  
Quevedo

*e vidi lume in forma di rivera  
fulvido di fulgore, intra due rive  
dipinte di mirabil primavera.*  
Paradiso, xxx 61-63

*Le cadavre exquis boira le vin nouveau.*  
Diccionario abreviado del surrealismo



## MARTES

### Ruidos de agua

Son, más o menos, de una tarde lluviosa de principios de abril, las cinco y media: Nula y Gutiérrez están cruzando, en diagonal, un campito abierto, casi cuadrangular, cerrado en el lado superior, a cuyo extremo se dirigen, por un monte ralo de aromos detrás del cual, invisible todavía para ellos, corre el río.

El cielo, la tierra, el aire y la vegetación son grises, no con el tinte acerado que el frío les da en mayo o en junio, sino con la porosidad tibia y verdosa de las primeras lluvias de otoño que no bastan, en la zona, para abolir el verano insistente y desmedido: los dos hombres, que caminan, ni lentos ni rápidos, a poca distancia uno detrás del otro, llevan todavía ropa liviana. Gutiérrez, que va adelante, tiene un saco impermeable de un amarillo violento y Nula, que vacila con preocupación a cada paso para saber dónde pondrá el pie, una campera roja de una materia sedosa que en la jerga familiar (es un regalo de su madre), debido a su aspecto liso y brillante, llaman en broma tela de paracaídas. Las dos manchas vivas, roja y amarilla, que se mueven en el espacio gris verdoso, parecen un collage de papel satinado sobre el fondo de una aguada monocroma, de la que el aire sería la superficie más diluida, y las nubes, la tierra y los árboles, las masas más concentradas de gris.

Como ha venido a verlo por razones comerciales —entregarle tres cajas de vino, una de viognier, dos de cabernet sauvignon, y cuatro chorizos chacareros encargados la semana anterior—

Nula, que tenía la intención de visitar a un par de clientes más esa tarde, se ha vestido con cierto cuidado, y además de la campera roja se ha puesto una camisa nueva, un chaleco de verano sin mangas, blanco, pantalones recién planchados y mocasines brillantes, que justifican la precaución con la que avanza, y que contrasta con la negligencia del otro, el cual, con paso decidido, y sin dejar de hablar, va apoyando sin ningún cuidado, sobre los pastos saturados de agua que bordean el senderito angosto de tierra arenosa o en los charcos esporádicos que lo entrecortan, sus botas de goma embarradas y ruidosas.

El fondo gris le otorga al rojo y al amarillo de la vestimenta una vivacidad acrecentada, casi exorbitante, que si para la mirada refuerza su presencia en el campo vacío, para el conocimiento, por paradójico que parezca, les hace perder una buena dosis de realidad. En la pobreza afligida del paisaje, las dos prendas vistosas, tal vez por lo que han costado (la amarilla, aunque viene de Europa y es más cara, parece sin embargo más baqueteadada que la roja), producen un contraste evidente o constituyen, mejor, un anacronismo. La presencia excesiva de las cosas singulares, al romper la sucesión monótona del acontecer, en razón misma de su abundancia injustificada, termina, como es sabido, empobreciéndolas.

Calmo, concentrándose para formar cada frase, Gutiérrez monologa con desdén desapasionado, esbozando de tanto en tanto un giro de cabeza que nunca se concreta del todo, en dirección al hombro izquierdo, con el que parece recordarle a su interlocutor que es a él a quien se está dirigiendo, aunque a causa de la distancia que los separa, del aire libre y del desplazamiento que diseminan los sonidos que profiere y, sobre todo, de los golpes recios de las botas contra los charcos y los yuyos sumergidos, además de la concentración que le exige la protección de sus mocasines y de sus pantalones, Nula únicamente pesca palabras sueltas o fragmentos de frases, sin perder sin embargo el sentido general, aun cuando se trate apenas de la tercera vez que se encuentra con Gutiérrez, y aun cuando el primer encuentro no haya durado más de dos o tres minutos: por lo que ha escuchado durante un buen rato la vez anterior, con sorpresa y curiosidad, el día que le vendió las primeras tres cajas de vino, cuando Gu-

tiérrez monologa, siempre parece hacerlo sobre el mismo tema.

Si Nula, imaginando que se los cuenta a un tercero, pudiese resumir esos monólogos en pocas palabras, serían más o menos las siguientes: *«Ellos», o sea los habitantes de los países ricos entre los cuales vivió más de treinta años, han perdido todo contacto con la vida, y ahora reptan en el sensualismo bestial más mezquino y, como conciencia moral, se contentan con el ejercicio esporádico de la beneficencia y con la formulación compungida de aforismos edificantes. Llama a los ricos la quinta columna y el partido del extranjero, y del resto, de la muchedumbre, afirma que, por un coche nuevo, serían capaces de vender a sus hijas de doce años a un burdel de Estambul. Cualquier mentira que les cuente el gobierno les viene bien, con tal de que no les saquen la tarjeta de crédito ni los priven de lo superfluo. Los ricos solucionan todo comprando y los pobres, endeudándose. Están obsesionados por convencerse a sí mismos de que el modo de vida que llevan es el único racional y, en consecuencia, siempre se indignan al día siguiente de los crímenes individuales o colectivos que cometen o que toleran, tratando de justificar con sofismas pedantes de leguleyos los actos de cobardía que los obliga a cometer la defensa desenfrenada del confort excesivo en el que han quedado atrapados, etc., etc.*

La virulencia del sentido contrasta con la serenidad del perfil que muestra cada vez que la cabeza gira hacia el hombro izquierdo, con el vigor calmo de sus movimientos y con la neutralidad monocorde de su voz que parece estar recitando, no una diatriba violenta sino, amable y paternal, una serie de recomendaciones prácticas destinadas a un viajero que se apresta a afrontar un continente desconocido. Sus frases no se precipitan ni se atollan por el furor, no se entrecortan con interjecciones o con gritos indignados; más bien van saliendo de entre sus labios armoniosas y espaciadas, esmaltadas de tanto en tanto por algún galicismo o italianismo, y si a veces se detienen y vacilan durante algunos segundos, es porque en más de tres décadas de vivir en el extranjero, del sótano oscuro que almacena en el fondo de su ser el repertorio incalculable de palabras que constituyen su idioma materno, alguna, por la falta de uso prolongada que la tenía arrumbada en cualquier rincón, tarda en subir por las ramas intrincadas de la memoria a la punta de la lengua que, igual que

la plataforma flexible de un trampolín, la lanzará a la luz del día. Su discurso es irónico y grave a la vez, proferido con una entonación distraída de la que es difícil saber si es auténtica o simulada, si el hombre de casi sesenta años que la emplea expresa a través de ella un odio contenido o una práctica solipsista y un tanto hermética de la comicidad.

En cuanto a la edad, para ser precisos, Nula tiene veintinueve años y Gutiérrez exactamente el doble, es decir que uno está entrando en la madurez, y el otro, en cambio, pronto empezará a abandonarla en forma definitiva, como todo el resto por otra parte. Y aunque hablan de igual a igual, y hasta con cierto desenfado, prescinden del tuteo: el más viejo tal vez porque se fue al extranjero antes de que el tuteo generalizado se pusiera de moda en los años setenta, y Nula porque, como táctica comercial, prefiere no tutear a los clientes nuevos que no conocía personalmente antes de ir a verlos para intentar venderles un poco de vino. El tratarse de usted y la diferencia de edad no disminuyen la curiosidad recíproca que hace que, aunque es apenas la tercera vez que se ven y si bien no han alcanzado todavía una verdadera intimidad, sus relaciones se sitúen en un plano decididamente extracomercial. La curiosidad que los atrae no tiene nada de espontánea o de inexplicable: en Gutiérrez, aunque todavía no está al tanto de las razones precisas que han motivado el interés de Nula, las reacciones del vendedor de vino el día del primer encuentro le han parecido inhabituales en un simple comerciante, y el modo paródico que adoptó durante la segunda entrevista, al realizar los gestos y al proferir los discursos consabidos de un vendedor, más sus alusiones discretas al Problema xxx, 1, de Aristóteles sobre la poesía, el vino y la melancolía, le dejaron entrever la posibilidad de una verdadera conversación desinteresada, lo que se confirmaría inmediatamente, al final de las tratativas comerciales durante esa segunda visita.

La primera no duró más que dos o tres minutos: chorreando agua, Gutiérrez salió de la pileta de natación y vino a su encuentro a través del césped bien recortado con la misma indiferencia por el lugar donde ponía los pies descalzos con la que en este momento, se acuerda Nula, deja caer las botas de goma contra los charcos que entrecortan el caminito o los yuyos mojados que lo bordean.

Nula traía una recomendación de, entre otros, Soldi y Tomatis, y le había hablado por teléfono el día anterior para anunciarle su visita a las once y media. Como la visita ha tenido lugar algunas semanas antes, en el mes de marzo, era verano todavía: en la luz excesiva y ardiente de la mañana, Nula lo vio avanzar hacia él desde el rectángulo blanco de la pileta, enmarcado a su vez por un rectángulo ancho de lajas blancas, donde había tres perezosas de madera blanca y de lona —verde, a rayas rojas y blancas verticales, y amarilla—; ambos quedaron inscriptos en el terreno liso y verde limitado en el fondo por una arboleda tupida, y flanqueados, más allá de un buen espacio de suelo verde, a la izquierda por la casa blanca y a la derecha por un quincho con su respectiva parrilla y un cuartito que debía contener herramientas, bicicletas, la carretilla, una cortadora de césped y cosas por el estilo. *No sé si Gutiérrez, pero el que la mandó a construir debe de haberse inspirado en las casas californianas que, según los criterios de las series televisivas, deben poseer los que, con buenas o malas artes, han triunfado en la vida,* comentó Tomatis el día que le recomendaba a Gutiérrez como cliente posible. En realidad, no era una casa demasiado lujosa, pero era sin duda lo más caro que podía encontrarse en los alrededores de Rincón, y si bien Nula nunca había estado en California, de chico había mirado muchas series, así que, observando el conjunto mientras Gutiérrez se acercaba chorreando agua, pensó que, como de costumbre, Tomatis, tal vez por razones puramente retóricas, había vuelto a exagerar.

En cambio, el aspecto físico de Gutiérrez lo sorprendió. Había esperado encontrar a un señor mayor, y era un hombre vigoroso, sin barriga, de formas proporcionadas, tostado por el sol, y en quien el cabello grisáceo, tan bien recortado como el césped que rodeaba la pileta de natación, y el abundante vello entrecano y un poco oxidado, pegado, a causa del agua, al pecho y los hombros, los brazos y las piernas, que debía haber sido renegrido en su juventud, aumentaban en vez de disminuir la impresión de vigor físico, hasta tal punto que, considerando esos datos contradictorios —casa menos lujosa de lo previsto y propietario más joven de lo que se había imaginado— Nula pensó durante unos segundos que se había equivocado de dirección. La sombra

encogida y un poco deforme que, debido al sol ya alto, se amontonaba a los pies del hombre que se acercaba indicaba tal vez, de manera indirecta, una interioridad un poco más compleja que la que sugerían su aspecto físico y la placidez convencional del decorado en el que se desplazaba.

—No sabía cómo avisarle que finalmente no iba a poder atenderlo esta mañana —le había dicho Gutiérrez. Y Nula:

—Ya veo, en efecto, que es la hora del agua y no la del vino.

Gutiérrez se había echado a reír sacudiendo la cabeza hacia atrás, en dirección a la pileta.

—Nada de eso —había dicho—. Lo que pasa es que recibí una visita inesperada esta mañana.

Recién entonces Nula se dio cuenta de que, aunque Gutiérrez acababa de salir de la pileta, los ruidos de agua continuaban porque alguien, invisible desde donde estaba, seguía nadando o chapaleando en ella. Y justo en ese momento, en una malla enteriza de un verde fluorescente, los hombros encogidos y el aire abstraído y preocupado de siempre, tostado y tal vez un poco más macizo que cinco o seis años atrás, el cuerpo de Lucía Riera, que Nula había conocido tan de cerca, empezaba a emerger por la escalerita curva de metal en el lado de la pileta más cercano a la casa. Sin siquiera mirar hacia ellos, Lucía había ido a echarse en la reposera de lona amarilla al borde de la pileta. Gutiérrez había seguido con cierta gravedad la mirada asombrada de Nula, y algún matiz en ella pareció sugerirle que era necesaria una explicación.

—No se imagine nada raro —aclaró—. Es mi hija.

*Es verdad que el cliente siempre tiene razón*, les había dicho indignado esa misma noche a Gabriela Barco y a Soldi, en el barcito de *Amigos del vino* donde se los había encontrado de casualidad, ya que ellos cambiaban con frecuencia de bar para llevar a cabo lo que llamaban sus «reuniones de trabajo», *es la norma impuesta por la empresa, que, gracias a mi indiferencia estoica, no me cuesta nada aplicar. Pero yo conozco bastante bien a Lucía Riera, casada con el doctor Oscar Riera, y separada, creo desde hace un tiempo. Es verdad que la perdí de vista durante varios años hasta esta mañana, pero sé perfectamente quiénes son sus padres, aunque nunca los traté. El padre se llamaba Calcagno y era*

*abogado, y murió hace algunos años, pero la madre, hasta prueba de lo contrario, sigue todavía viva. Cuando Gutiérrez me dijo que era su hija, tuve que hacer un esfuerzo para no darle una trompada, pero no me sentía únicamente furioso, sino también aturdido, porque no podía creer que estuviese mintiendo en forma tan descarada, y un poco humillado, porque se había atrevido a hacerme eso a mí. Algo de todo eso debe de haber percibido en mi cara, porque también él se puso serio y con un ademán cortés y un poco solemne me indicó que me acompañaba hasta la entrada. Quedamos en que volvía a llamarlo para una nueva visita cosa que, desde luego, no pienso hacer. Nula se había callado, convencido de haberles transmitido su indignación, pero al alzar la vista, notó que Soldi evitaba su mirada y bajaba la cabeza. Después de unos segundos de reflexión, Soldi lo miró derecho a los ojos y le dijo como si tuviera un poco de vergüenza: Y sin embargo, según algunos, parece que es o que podría ser cierto. Mejor que le busques otros motivos a tu indignación.*

Así que Nula, intrigado, había vuelto a llamar a Gutiérrez la semana siguiente, y habían fijado el día y la hora para la segunda visita. En cierto sentido, el incidente casi imperceptible, y sin un sentido claro para ninguno de los dos, sacándolos durante unos segundos del plano neutro y convencional en el que pretenden desenvolverse las transacciones comerciales, los había vuelto mutuamente interesantes y en alguna medida enigmáticos, algo que, absteniéndose de comentarlo, los dos notaron durante el corto diálogo telefónico que mantuvieron para concretar la segunda visita, y que más bien trataron de disimular cuando, unos días más tarde, estuvieron otra vez frente a frente. La venta de vino fue de lo más rápida —una caja (de seis) de viognier y dos de cabernet sauvignon para empezar, más cuatro chorizos chacareros— y una vez que estuvo cerrada, el pedido y el cheque debidamente firmados y el recibo en manos de Gutiérrez, entablaron una conversación que duró más de dos horas, sobre diversos temas que tenían poco o nada que ver con el vino y durante la cual, de tanto en tanto, Gutiérrez profería sus soliloquios serenos y distantes sobre «ellos», como designaba con desprecio irónico a los habitantes de los países ricos en los que había vivido más de treinta años. Se habían sentado en un banco de troncos

en el fondo del patio, bajo los árboles, después de recorrer por dentro y por fuera la propiedad cuyos detalles, si despertaban de tanto en tanto el interés de Nula, parecían invisibles para el dueño de casa. Los rasgos biográficos respectivos, que por cierto los intrigaban, no formaban parte de la conversación, en todo caso expuestos en orden cronológico, ya que a veces algún elemento personal aparecía y era tomado en consideración, como por ejemplo los estudios de medicina y de filosofía que Nula había sucesivamente abandonado, su proyecto, anterior a la venta de vino, de escribir unas *Notas para una ontología del devenir*, o las causas (no del todo exactas, y reivindicadas más por el gusto de formular un aforismo que una verdadera confidencia) que habían incitado a Gutiérrez a irse al extranjero: *Salí en busca de tres quimeras: la revolución planetaria, la liberación sexual y el cine de autor*.

Por último, hoy, a eso de las cuatro y media, ha venido a traerle el vino sin anunciarse, y ha estacionado la break verde oscuro ante el portón blanco de la entrada principal, justo en el momento en que Gutiérrez, saliendo de la casa, se disponía a cerrar con llave la puerta de calle.

—Le traigo el pedido. ¿Se iba de paseo? —le ha dicho Nula saliendo del auto.

—En expedición por la zona. En busca de un viejo amigo. Escalante. ¿Lo conoce? —le contestó Gutiérrez.

Nunca ha oído hablar de él. Según Marcos Rosemberg, vive en Rincón, en las afueras del pueblo, pero para el lado de la ciudad, a más o menos una legua de ahí y Gutiérrez ha decidido ir a buscarlo para invitarlo a una fiesta que piensa dar el domingo y a la que también a él, a Nula, pensaba pedirle que viniera. Nula ha mirado el cielo verdoso, el horizonte sombrío y, sin hacer ningún comentario, ha emitido una risita sarcástica.

—También quiero encargarle un poco más de vino, conociendo los hábitos de algunos de mis invitados.

Así que, después de acarrear las tres cajas desde la break hasta la cocina, Nula volvió a llenar otra nota de pedido: más vino blanco, más vino tinto, y más chorizos chacareros. Cuando han salido otra vez a la puerta de adelante, Nula vuelve a mirar el cielo cargado de agua y dice:

—La verdad es que me tienta este paseo, aunque seguro que va a llover y tengo un par de clientes esperándome.

En realidad, se ha arrepentido en el momento mismo de empezar a decirlo, pero la rapidez y la satisfacción franca con la que Gutiérrez ha aceptado su respuesta, borran de inmediato el temor de haber mostrado demasiado abiertamente sus sentimientos: la franqueza ingenua de Gutiérrez neutralizaba la suya. Todavía no se conocían lo suficiente como para permitirse ser espontáneos, y la atracción recíproca provenía de lo que cada uno ignoraba del otro: la paternidad problemática de Gutiérrez y, además de la emoción súbita de Nula al ver salir a Lucía de la pileta, su conversación singular en la que se mezclan, sin que a veces ninguna línea clara delimite los dos campos, comercio y filosofía.

Cuando llegan al ángulo superior derecho del cuadrado que han venido cruzando en diagonal, la mancha amarillo vivo y la roja que viene atrás se internan en el montecito de aromas para continuar, con el mismo ritmo de marcha que traían, ni lento ni rápido, en línea recta hacia el río. No hay ningún sendero, pero el suelo es casi pura arena, de modo que no crece demasiado pasto entre los árboles, mientras que la lluvia, en vez de ablandar la tierra formando en la superficie charcos o capas chirles de barro, la ha como apisonado, y los dos hombres caminan sobre un suelo tan endurecido por el agua, que sus pisadas no dejan casi huella. Matas de paja brava, grisáceas como todo lo que no sea el suelo amarillento, se asientan en la tierra arenosa, pero cuando llegan al río la vegetación de la isla, en la orilla opuesta, a unos cincuenta metros, parece más verde que de costumbre y la tierra de la barranca más roja, de un rojo ladrillo, casi naranja a causa de la arena que se mezcla a la arcilla ferruginosa, por contraste con el gris generalizado: el río, plomizo y escarolado, se está volviendo oscuro en el atardecer, al final de un día lluvioso en el que no se ha visto un solo rayo de sol.

—Sudeste —dice Nula cuando se paran en la orilla, señalando con el índice estirado en línea oblicua hacia el agua plomiza, las olitas que encrespan la superficie en sentido contrario al de la corriente. Igual que si la hubiese emitido algún otro, su propia voz le ha parecido extraña, no durante su fugaz existencia sonora, sino en la vibración sin ruido que dejó en la memoria

al desvanecerse, a causa quizás del silencio que se ha instalado desde que el chasquido de los pasos contra el suelo arenoso dejó de oírse. El viento calmo del sudeste es únicamente perceptible en el agua. Tal vez Nula y Gutiérrez lo sienten también en la piel de la cara, pero, habituados ya a la intemperie fresca y lluviosa, no se dan cuenta de que lo sienten. Con la expresión retraída que hubiesen podido asumir sin la presencia del otro en ese lugar desierto, contemplan el paisaje cada uno por su cuenta, sin coincidir en los detalles que observan por separado, y por lo tanto organizándolo a su manera cada uno, como si se tratase de dos lugares diferentes, la isla, el cielo, los árboles, la barranca rojiza, las plantitas acuáticas de la orilla, el agua. Durante unos segundos, la superficie plomiza y ligeramente crespada absorbe los pensamientos de Nula, y en cada una de las olitas rugosas, idénticas, en movimiento continuo, que se yerguen formando un borde que, más que una curva, representaría con mayor precisión un ángulo obtuso, le parece asistir a la manifestación visible del devenir que, por exhibirse a veces en el acontecer a través de la repetición o de la inmovilidad engañosa, le da a los sentidos toscos la ilusión de la estabilidad. Para Nula, que muchas veces por día se sorprende a sí mismo observando ejemplos que alguna vez le servirán para sus *Notas*, la isla de enfrente, formación aluvional, es una buena prueba del cambio continuo de las cosas: el mismo movimiento constante que la formó la va erosionando, haciéndola cambiar de tamaño, de forma, de lugar, y el ir y venir de la materia y de los mundos que hace y deshace, no es más, según él, que el fluir sin dirección ni objetivo, ni explicación conocida, del tiempo invisible que, silencioso, los atraviesa.

—Fíjese como son todas iguales—dice.

Gutiérrez lo mira sorprendido.

—Las olitas—dice Nula—. Cada una de ellas, es la misma convulsión que se repite.

—La misma no—dice Gutiérrez, sin siquiera mirar la superficie del agua. Su mirada se desliza con curiosidad por la isla, el aire, el cielo, que se ha oscurecido no únicamente por el atardecer, sino también a causa de las nubes abultadas de un gris más denso que han venido llegando desde el este.

Nula lo observa sin mucho disimulo, pero el otro no parece

darse cuenta, igual que si estuviera concentrándose en lo que mira menos porque lo que lo rodea presenta para él un interés particular, que porque su mirada se apoya en el paisaje para permitirle examinar mejor algo que estuviese transcurriendo en su interior. Lo poco que Nula sabe de él lo vuelve sin duda enigmático, pero con cierta ironía se dice que después de todo hasta de aquello que nos es familiar sabemos poco, por la simple razón de que nos hemos resignado a olvidarnos de su parte misteriosa. Cuantitativamente, se dice, pero sin que una sola palabra coopere con su pensamiento, sé tan poco de él como de mí mismo.

También el conocimiento que los de la ciudad tienen de Gutiérrez es fragmentario. Todos saben algo que no coincide necesariamente con lo que saben los demás: los que lo conocían desde antes de su ida —Pichón Garay, Tomatis, Marcos y Clara Rosenberg por ejemplo— lo habían perdido de vista desde hacía más de treinta años.

De un día para otro había desaparecido sin dejar rastro y, con la misma imprevisibilidad repentina, había vuelto a aparecer. De ese grupo, el primero que había entrado en contacto con él, pero de pura casualidad, había sido Pichón Garay. *Iba en el avión de la tarde, de vuelta a Buenos Aires, y le pidió a un señor que le cambiara el asiento, para poder venir al lado mío, le escribió Pichón a Tomatis una semana después de haber llegado a París. (Pichón había pasado un par de meses en la ciudad con el fin de liquidar los últimos bienes de la familia, y a mediados de abril Tomatis y Soldi lo habían acompañado al aeropuerto para tomar el avión de la tarde a Buenos Aires, que en ese entonces combinaba con el vuelo directo a París.) Antes de sentarse se presentó: Willi Gutiérrez ¿me acordaba de él? Me costó un ratito ubicarlo, pero él se acordaba de todo lo que había pasado treinta años antes, anécdotas del Gato más que mías, y todavía no estoy seguro de que él supiese bien con cuál de los dos estaba hablando. Me dijo que nos vio con Soldi en el aeropuerto pero que no pudo acercarse porque estaba despachando una valija. Pero que estás igualito. En los cincuenta minutos que duró el vuelo, habló casi exclusivamente él, despotricando contra Europa, y supe que ahora vive entre Italia y Ginebra, pero que anduvo un poco por todas partes. El viaje que hizo a la ciudad duró un día, y al país tres en total. Había llegado*

*la tarde anterior a Buenos Aires desde Roma, había dormido en el Plaza, y esa mañana había dado un salto a la ciudad para visitar una casa en Rincón que estaba tratando de comprar (no le ofrecí la mía porque ya estaba casi vendida) porque tenía la intención de venir a instalarse en la zona. Esa noche dormía de nuevo en el Plaza y al día siguiente se volvía a Italia. Como podrás comprobar, nuestros destinos son antagónicos: yo había venido a vender una casa, y él a comprar una.*

Según Tomatis, los primeros con los que había entrado en contacto el año anterior, después de instalarse en la casa de Rincón, habían sido los Rosemberg. *Los primeros que yo conozco, había aclarado Tomatis, porque, a mi juicio, vive en varios mundos a la vez.* Y Nula, que le había dado cita en un bar para tomar un café y venderle un poco de vino, le había contestado: *Como todo el mundo.* Tomatis había adoptado un aire falsamente severo: *Avivadas no, Turco, estoy hablando en serio. Había llevado una vida secreta antes de irse, una vida que ni sus íntimos conocían, y ahora volvió para reanudarla, pero esta vez a la luz del día.* El ostensible tono alusivo de Tomatis denotaba que tal vez sabía más de lo que decía, y cuando casi un mes más tarde, después de la primera visita a lo de Gutiérrez, Soldi, en el bar de *Amigos del vino*, le sugirió con cierto pudor que tal vez Gutiérrez no le había mentado al decirle que Lucía era su hija, Nula se acordó de esas alusiones, pero todo sigue siendo confuso para él ahora que, parado en la orilla del río, mirando la superficie plomiza y crespada del agua, mete la mano en el bolsillo interior de la campera roja buscando los cigarrillos y el encendedor.

El tipo de la inmobiliaria (en realidad representaba en la transacción a una agencia de Buenos Aires), un tal Moro, también era cliente de Nula: su misión había consistido en ir a buscar a Gutiérrez al aeropuerto y llevarlo a visitar la casa de Rincón o, mejor dicho, de las afueras de Rincón, en la parte norte del pueblo, del otro lado del camino, en el sector no inundable de la zona, en la que algunos ricos habían empezado a instalarse a principio de los años ochenta, por no haber podido comprar en la parte residencial de Guadalupe, que otros más ricos que ellos o que habían llegado primero habían convertido en una especie de fuerte, con policía privada y todo, cerrado al tránsito, hasta

tal punto que los colectivos municipales se habían visto obligados a modificar su recorrido. Para Moro, Gutiérrez debía de ser muy rico: inclinándose hacia Nula por encima del escritorio para confiarle un secreto, en su oficina de la calle San Martín, con un gran plano de la ciudad colgado en la pared a sus espaldas y acribillado de alfileres de colores diferentes que señalaban sin duda el estado actual de las diversas operaciones inmobiliarias que administraba su agencia, Moro, haciendo oscilar un poco su confortable silla giratoria, mirando a los costados para asegurarse de que no lo escuchaban, aunque aparte de ellos dos no había nadie más en la oficina, entrecerrando los ojos y bajando la voz, había murmurado con vehemencia admirativa: *A mi juicio, hay que calcular en palos verdes.*

La casa había sido de un cardiólogo, un tal doctor Russo, ministro de Salud Pública, en el gobierno que había ganado las elecciones provinciales después de la dictadura militar. Según Moro, el doctor Russo ahora vivía en Miami: como ministro, había estado implicado en la desaparición de unas partidas destinadas a mejorar las condiciones de funcionamiento de los hospitales y de la Asistencia Pública, sin contar una historia turbia de coimas con los laboratorios farmacéuticos, pero como hombre de negocios, también la justicia le hacía algunos reproches, porque había formado parte del directorio del Banco Provincial, del que habían faltado después de su gestión cerca de cien millones de dólares, sin contar el hecho de que los miembros del directorio se habían atribuido unos créditos inmobiliarios a bajo interés destinados en un principio a la gente pobre para que pudiese poseer una vivienda modesta, pero con los que los miembros del directorio se habían hecho construir residencias de lujo, algunas incluso en Mar del Plata y hasta en el extranjero, en Punta del Este, en Florida, o en el Brasil, al norte de Río de Janeiro. El resultado había sido, según Moro, que entre los miembros del directorio y sus amigos ricos habían agotado las partidas destinadas a las viviendas modestas, y como con el agujero de cien millones habían llevado el banco a la quiebra, ni siquiera tuvieron que reembolsar el dinero que habían recibido. Un juez empezó a interesarse en el caso, pero la instrucción se fue empantanando y, de todas maneras, los responsables ya

se habían instalado en sus residencias de Marbella, de Punta del Este o de Florida. Ese último caso era el del doctor Russo, que había vendido la casa de Rincón y muchas otras que tenía en el país, según Moro compradas también con lo que había ganado con sus operaciones cardíacas y los dividendos de su clínica privada, y se había ido a instalar en Miami.

Según Moro, la visita de Gutiérrez a la casa no duró más de diez o quince minutos. Primero recorrió las habitaciones —los seis dormitorios, más el gran living, los baños, la cocina casi más grande que el living, todo en una sola planta— y, después, a la misma velocidad, salió a explorar el terreno, la arboleda del fondo, el quincho y el cuartito de las herramientas, la pileta de natación sin otra cosa en el fondo que un charquito de agua barrosa donde fermentaban varias generaciones de hojas secas, entre las que dormitaba una familia numerosa de sapos. Durante el viaje a la ciudad, Gutiérrez se la pasó interrogándolo sobre empresas de pinturas, sobre especialistas en aberturas y en piletas de natación, sobre la posibilidad de encontrar una mujer que se encargara de la limpieza, y de un jardinero y cuidador, de alguien capaz de posar un techo de paja nuevo en el quincho, etcétera, etcétera, todo como si la casa fuese ya de él, y sin haber emitido un solo juicio en favor o en contra de ella, de esa casa de la que aunque él, Moro, sabía que todavía no se había firmado nada en la agencia de Buenos Aires, Gutiérrez hablaba como si fuese el propietario. A Moro le había parecido un hombre simpático, pero un poco extraño: era tranquilo, callado, más bien cortés, y tenía siempre una sonrisita bondadosa aunque algo distante pegada a los labios. Moro dijo que sin embargo se sentía ligeramente incómodo, porque en todas las cosas que hacía o decía, que eran las habituales de cuando estaba tratando de cerrar un negocio, le parecía que el otro creía encontrar la confirmación de algo que había venido a buscar o a observar, y de que finalmente él, Moro, se había dado cuenta de que Gutiérrez lo consideraba como un objeto de museo, o como un pescadito exótico en un acuario, por el que había hecho miles de kilómetros para venir a examinarlo personalmente. Moro le dijo a Nula que había recibido de la agencia de Buenos Aires instrucciones de pagarle a Gutiérrez un almuerzo de primera en un restaurante de lujo